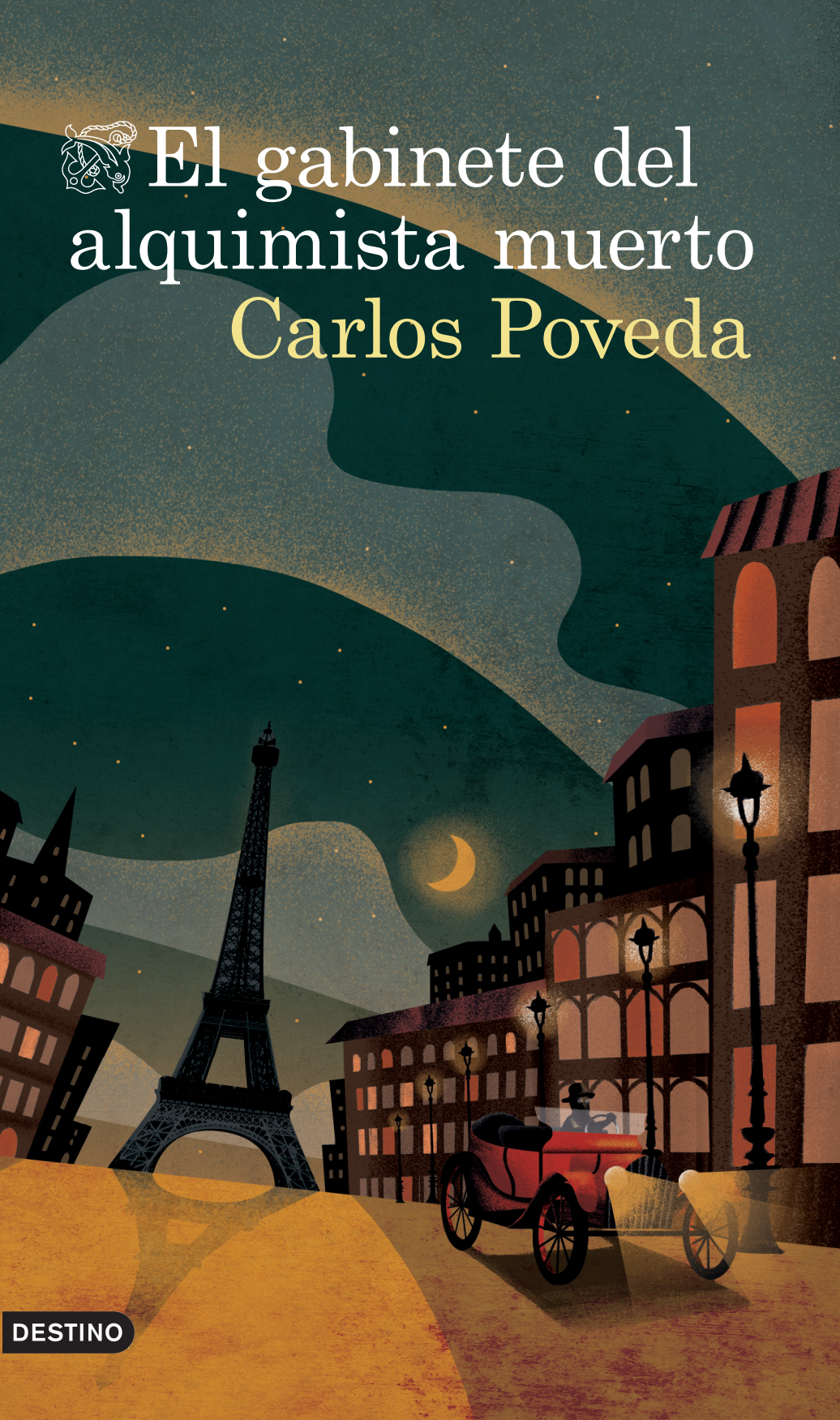
El gabinete del alquimista muerto

Carlos Poveda



DESTINO

El gabinete del alquimista muerto

Carlos Poveda

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1328

© Carlos Poveda, 2014
Licencia editorial por cortesía de Círculo de Lectores, S. A.

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© por la ilustración de las páginas 10 y 11, Ana Pradas, 2014

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-233-4930-2
Depósito legal: B. 7.520-2015
Impreso por Cayfosa
Impreso en Españ-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Aviso al lector 9
Preludio – 28 de mayo de 1904 13

1. Monsieur Bonancieux está muerto 17
2. *Orishas* en la sopera 37
3. 36, Quai des Orfèvres 58
4. El Bateau-Lavoir 77
5. Jícaras y picatostes 92
6. Azul tornando a rosa 111
7. Pequeñas piezas de rompecabezas 135
8. Seda y pinceles 153
9. Clouet es un tipo honesto 167
10. Cosas que pasan 181
11. Cabaret 199
12. Pesquisas 222
13. El lenguaje de los pájaros 246
14. *Apostolus Hermeticæ Scientiæ* 269
15. Algunas piezas más 285
16. Una merienda 310
17. ... seguida de cena 330
18. ... y acabada en resopón 349
19 Viudas y huérfanas 368
20. El arte del interrogatorio 390
21. Fugas, capturas y emboscadas 405

22. Una sesión de espiritismo 427
23. La Vía Seca 447
24. Culos y sillas 468
25. *Osa She* 491

Epílogo – 28 de mayo de 1926 515

I

Monsieur Bonancieux está muerto

—Madame, madame... —La criada gritó desde la cocina e, inmediatamente, se oyeron sus pasos como un pequeño galope. Entró en el salón sofocada, con los ojos abiertos de espanto—. Monsieur Bonancieux, el vecino, está muerto.

Violeta tardó en reaccionar, el domingo había transcurrido plácidamente y ella se había dejado vencer por el sopor de una sobremesa lánguida que se había prolongado hasta el crepúsculo. Además, a veces el idioma le jugaba malas pasadas y no siempre estaba segura de haber entendido bien lo que le decían. Por desgracia, esta vez, los gestos de la doncella no permitían albergar esa esperanza.

—A ver, chiquilla, cálmate y cuéntame lo que sucede.

—Ay, madame, una tragedia.

Los ojos de Pauline —normalmente alegres y de un azul intenso— estaban enrojecidos por el llanto; había perdido su cofia, y un mechón de pelo, rubio y algo rizado, le caía sobre el rostro, que era a días hermoso y a días vulgar; su cuerpo, estilizado y bien formado, temblaba imperceptiblemente y a Violeta la joven le pareció más frágil y aniñada que nunca.

La sirvienta suspiró profundamente antes de iniciar el relato: había salido al rellano de la escalera de servicio para dejar el cubo de basura, como cada jornada, antes de que el portero iniciara su ronda para bajarla a la calle. La puerta de enfrente estaba abierta de par en par y la luz encendida. A Pauline le extrañó aquello, porque Colette, el ama

de llaves de monsieur Bonancieux, siempre era muy cuidadosa con esas cosas: era una mujer enjuta y prudente, parisina por los cuatro costados, y aseguraba conocer mil historias de robos violentos y asesinatos infames, causados todos por algún asaltante que había aprovechado un descuido para colarse en la casa.

—Llamé, madame, se lo prometo, llamé antes de entrar —sollozó.

Al principio lo hizo con los nudillos y después a voces. Sólo al no oír respuesta decidió aventurarse en la vivienda para advertir a Colette.

—Hasta la cocina nada más, madame —juró con un beso solemne sobre el pulgar—, y no habría pasado de ahí de no haber visto lo que vi.

La lámpara del pasillo no daba mucha luz, explicó con voz agitada, por eso le costó comprender qué era ese bulto en el suelo, medio oculto tras un recodo. Primero se fijó en los botines, de hombre y con polainas, y luego en los pantalones. Monsieur Bonancieux —no le cupo ninguna duda de su identidad, por las polainas— era un hombre pequeño y consumido, escaso de pelo y tan endeble que parecía siempre a punto de quebrarse por un ataque de tos. Sin embargo, al acercarse vio que no le había quitado la vida un catarro, sino un cuchillo: tenía abierta la garganta de una oreja hasta la otra.

Violeta no esperó más, sus achaques desaparecieron y se levantó del sillón con una determinación insospechada.

—Madame, ¿adónde va? —Pauline se permitió sujetar levemente el brazo de su señora—. El asesino puede estar ahí dentro todavía.

—Razón de más, muchacha.

Según lo dijo, Violeta se sintió ridícula. De no haber sido una situación tan dramática, se habría reído de sí misma, de su audacia impostora; porque, en realidad, ni era tan valiente como pretendía, ni tan ingenua para suponer que ella sola, a sus años, podría hacer frente a un criminal. Pero, incluso siendo cierto el relato de la criada y no una de

sus fantasías, el malhechor ya estaría muy lejos. Y, de todas formas —se dijo mientras entraba en su gabinete y extraía una pequeña pistola belga de la gaveta del escritorio—, en ningún momento había pensado enfrentarse a un asesino con las manos desnudas.

Violeta cruzó el descansillo de la escalera de servicio. Pauline la seguía, dos pasos atrás, aún llorosa, con un pañuelo basto y arrugado con el que intentaba en vano enjugarse las lágrimas.

—Cierra la puerta, niña. No queremos que entre alguien en casa mientras tanto.

—Ay, madame, espéreme, que voy a por la llave.

Naturalmente, Violeta no se detuvo, la puerta abierta era una invitación a entrar. La mortecina luz llenaba de sombras cada relieve de la casa. Pasó a la cocina y sintió en el rostro una corriente de aire frío. Instintivamente, sus ojos buscaron el hogar y se extrañó de encontrarlo lleno de cenizas, sin brasas ni rescoldos. No tenía demasiado trato con Colette, apenas el suficiente para considerarla una criada eficiente, que sabía cómo mantener una buena lumbre durante toda la jornada. La cocina estaba recogida, señal de que nadie había trajinado en ella desde la hora de la comida, al menos. No había cubiertos, ni ollas, ni platos a la vista; sólo junto al fregadero, cuidadosamente lavados y puestos a escurrir, dos tazones de loza aún húmedos.

Rodeó la mesa de madera, pintada de blanco, limpia salvo por dos marcas ya resecas que atribuyó a las tazas. «¿Quién ha venido de visita?», pensó, casi sin darse cuenta de que lo hacía. Supo, no podía decir la razón, que la criada había recibido a alguien en la cocina y que ambos habían departido amigablemente en aquella mesa; pero apartó la idea de su cabeza cuando dirigió la mirada al pasillo, donde —al fondo, en la esquina— se veían las piernas de Bonancieux. Violeta no se dirigió aún hacia él; sin saber por qué, se detuvo unos segundos eternos bajo el dintel memorizando la imagen de aquellos pies calzados con blancas polainas. Pauline se situó a su lado y ella se

llevó el dedo a los labios y quitó el seguro a la pistola por precaución; era evidente que no había nadie más en la casa.

«No exagerabas», le concedió mentalmente a la criada. Un surco de sangre seca cruzaba la garganta del cadáver. En su rostro no había emoción alguna, ningún gesto de sorpresa o de miedo, como si la muerte le hubiera encontrado durmiendo. Tenía los brazos recogidos sobre el pecho en una postura que evocaba más la de un catafalco que la de una muerte violenta. Desde el vestíbulo llegó otra ráfaga de aire y Violeta, sin razón aparente, sintió un escalofrío en la base del cráneo. Al levantar la mirada, advirtió que la puerta principal estaba entornada.

—Vuelve a casa y telefonea a la gendarmería —le ordenó a Pauline—, y luego busca a Lucien.

—¿Cómo se va a quedar usted sola, madame?

«No te preocupes por mí, monsieur Bonancieux me hará compañía», estuvo a punto de replicar. Se contuvo a tiempo, horrorizada por su falta de piedad hacia el difunto.

—Venga, muchacha, espabila. No hay tiempo que perder.

Los ojos habían perdido el brillo y la cara mostraba ya sombras de barba en las mejillas. Curiosamente, la sangre, que había manado a borbotones sobre el pecho, no había dejado rastro alguno en el suelo, ningún reguero, ningún charco, y la herida de la garganta estaba ya seca, pastosa, hecha una costra de reflejos brillantes. Era un tajo limpio, firme, preciso; el asesino había hundido el cuchillo junto a la oreja izquierda haciendo un movimiento circular bajo la barbilla, camino de la otra oreja, donde el corte era más superficial.

Violeta vio las puertas correderas abiertas de par en par, y se adentró en el salón con la pistola preparada. Era evidente que Bonancieux había estado leyendo en su sillón favorito, vuelto hacia la chimenea y de espaldas a la puerta. A juzgar por las manchas del suelo, una fontana de sangre había encharcado aquel plácido rincón. Sobre una

mesita junto al butacón, una copa de balón conservaba un dedo grueso de calvados; y en la alfombra, como otra víctima más, yacía una vieja edición del *Notre-Dame de Paris*, de Victor Hugo. Todo indicaba que el criminal se había acercado por detrás sin hacer ruido y, aprovechando que el dueño de la casa dormitaba con el libro medio abierto sobre el regazo, le sujetó la frente y le abrió la garganta. Más que fuerza, se requería habilidad, un caminar silencioso y una mano firme. «¿Por qué lo han movido? —pensó—. ¿Y por qué lo han dejado precisamente ahí en medio?»

Ojeó las estanterías de libros apretados en segundas y terceras filas, colocados de través en cada hueco. Calculó más de diez mil volúmenes y, al ver el polvo, no pudo evitar decirse que Colette no era tan diligente como parecía, después de todo. O quizá el dueño era un maniático de sus libros y no consentía que nadie los tocara: eso encajaba mejor con el carácter excéntrico de Bonancieux.

Recorrió el resto de la casa sin encontrar nada extraordinario, todo estaba recogido y ordenado. Sin embargo, el dormitorio, situado donde las demás viviendas tenían el gabinete, llamó su atención. Era un cuarto de paso, sin ventilación, y resultaba peculiar que Bonancieux hubiera renunciado a la alcoba principal, más amplia y luminosa, y prefiriese dormir en la antecámara. Intentó abrir la puerta y, para su sorpresa, la encontró cerrada. Se retiró contrariada; aunque le intrigaba el misterio de aquel cuarto clausurado, no iba a ser ella quien rebuscara las llaves de la casa en el chaleco del muerto.

Regresó sobre sus pasos y entró en las habitaciones de servicio: el dormitorio de la sirvienta, el cuarto de la plancha y un pequeño aseo. Tampoco allí vio nada sospechoso, no había notas, ni el resguardo de un billete de tren, ni un armario vaciado deprisa y corriendo. Colette, simplemente, se había esfumado sin llevarse ninguna de sus escasas pertenencias.

—Madame, ¿está usted bien? —se desgañitó Lucien, el portero.

Violeta se volvió hacia él y asintió. «No es a mí a quien han degollado», estuvo a punto de responder; logró morderse la lengua y contener en el último momento otra respuesta impertinente. Vio que Pauline caminaba tras él con el rostro descompuesto. «Qué simple es esta chiquilla —se lamentó—. A su edad yo me comía el mundo.»

—¿Ha visto entrar o salir a alguien, Lucien?

—No, madame... —Y algún gesto mordaz se le debió escapar a ella, porque el portero se excusó a continuación—. Es domingo, mi día libre, acabo de llegar.

Lucien y su mujer habían aprovechado la mañana de sol —una bendición inesperada tras la tormenta de la tarde anterior— para ir a comer a un merendero del Bois de Vincennes y luego ver las carreras en el hipódromo.

Violeta asintió, había olvidado qué día era y se dijo, con alivio, que aún cabía la esperanza de que Colette hubiese extendido su descanso semanal un poco más de la cuenta. Hasta donde ella sabía, la criada de Bonancieux también libraba los domingos.

—¿Avisaste a la policía, Pauline?

—Están de camino, madame.

—Entonces no tenemos nada que hacer aquí. —Con un ademán les indicó que dieran la vuelta y salieran. Lucien lo hizo a regañadientes, todo su afán era ver el cadáver para contarle los detalles a su mujer, pero por más que movía la cabeza y estiraba el cuello, Violeta se interponía como un cancerbero infranqueable—. Será mejor que espere abajo a los guardias y los conduzca por la escalera de servicio, así verán todo tal y como estaba.

¿Por qué había dicho eso? Ni ella misma lo sabía. Echó una última mirada antes de salir. «Todo tal y como estaba», repitió.

—Madame, es una mujer tan valerosa como imprudente —la reprendió el comisario Clouet antes de llevarse a los labios la copita de jerez que la propia Violeta le había servido.

—Sólo hice lo que se espera de cualquier buen ciudadano.

—Precisamente, ¿no habría sido mejor llamar a algún otro vecino? Por ejemplo, a monsieur Deschambres, que es subprefecto de distrito y se podía haber hecho cargo de la situación. O al portero, si lo prefería.

—Estoy segura de que el subprefecto Deschambres se habría hecho cargo de todo perfectamente —replicó Violeta—, pero no me tome por una anciana desvalida. Y en cuanto al pobre Lucien, entre sus virtudes no está la inteligencia, lo comprobará usted mismo en cuanto hable con él.

—Vaya, oyéndola uno pensaría que es usted una sufragista.

—Nunca me han interesado esos asuntos, señor Clouet.

—Dígame, ¿conocía al difunto?

El comisario tenía una mirada intensa e inteligente y unos alegres ojos castaños que a Violeta le recordaron a los de su marido. El pelo era de un negro brillante, salvo por las primeras canas en las sienes, y la barba estaba cuidadosamente recortada. Le sonrió antes de responder porque se le ocurrió, casi sin pensar, que no le habría importado tener un hijo así de apuesto.

Bonancieux —explicó con desgana— era un caballero educado y agradable, pero algo retraído. Cuando se cruzaban en la escalera o en la calle, comentaban el tiempo o el adoquinado de la plaza, sin entrar nunca en cuestiones personales. En todos aquellos años, hasta ese día sólo había visitado su casa una vez. Sospechaba que Bonancieux se había sentido obligado a devolver la invitación que ella le hizo para presentarse, al poco de llegar al inmueble. En aquella ocasión, no recordaba por qué, habían hablado de las barricadas de París y él había comentado que entonces no vivía en la capital aún y era sólo un muchacho. Violeta consideró de mal gusto preguntarle la edad, pues parecía demasiado viejo para referirse a la Comuna y demasiado joven para hablar de las del cuarenta y ocho.

—Hablaba de la Comuna; sin duda, no había cumplido aún los cincuenta —apuntó el comisario.

—Pues aparentaba más, muchísimos más. Debía de estar muy enfermo.

Pensándolo bien —rectificó—, más que viejo, era anticuado. Bastaba mirar sus trajes pasados de moda, un poco pueblerinos, o esas polainas blancas de botones, tan singulares. Bonancieux era peculiar, muy introvertido y un punto amanerado. Poco más podía contarle: tenía entendido que el piso era de su propiedad, que vivía de las rentas de unos terrenos en la costa, en Bretaña o Normandía, y que debían ser buenas tierras, porque no tenía oficio conocido: salía a media mañana y no regresaba hasta la hora de comer. El portero le podría aclarar mejor qué visitas recibía; ella sospechaba que pocas, era un hombre solitario, sin familia ni amigos. Violeta suponía que frecuentaba alguna tertulia, porque salía casi todas las tardes a la hora de la merienda.

—¿Y qué me puede contar de usted, madame?

—Seguramente obtendrá más información preguntándole a otro vecino —se burló Violeta, y no pudo evitar lanzar la pulla—, al subprefecto Deschambres, por ejemplo.

—No lo dude —respondió Clouet.

Sí, decididamente, el comisario era un tipo interesante. En los últimos tiempos, Violeta echaba en falta gente así, con carácter. Le invitaría una tarde a tomar chocolate con picatostes, se propuso, y comprobaría si aún conservaba el don de saber medir a los hombres.

—Me temo que sólo soy una vieja, comisario, y le advierto: no hay nada más aburrido que pedirle a una que cuente su vida.

A Violeta, porque era coqueta y sabía que no era cierto, le encantaba exagerar sus años y decir de sí misma que era una anciana decrépita, así colocaba a su interlocutor en la obligación de desmentirlo y, de paso, halagar su buen aspecto. El comisario, naturalmente, no fue una excepción.

—Todo lo contrario, señora, estoy seguro...

Pauline interrumpió el cruce de cumplidos al entrar en el salón como un torbellino. Hipando y llorando, se arrodilló junto a Violeta con los ojos enrojecidos y tomó su mano en busca de protección.

—Ayúdeme, madame, ese policía gordo me quiere llevar detenida —sollozó.

El inspector se detuvo en el umbral, resoplando de fatiga por la carrera tras la criada. Tenía el rostro congestionado de ira y parecía a punto de comerse el grueso mostacho que le ocultaba la boca. Se había engominado los cuatro pelos de la cabeza retorciéndolos para disimular una calva que brillaba de sudor. Aunque el terno era oscuro, no ocultaba los lamparones de grasa ni los puños raídos y ennegrecidos.

—Aquí estás, putilla.

—Cuide ese lenguaje, ¿cómo se atreve? —Violeta se levantó indignada de su asiento.

—¿Qué pasa, Trifon? —gruñó el comisario.

—Esta chica no es trigo limpio, señor, ha salido corriendo en cuanto le he apretado un poco las clavijas.

—Pues claro —replicó Violeta—, usted asustaría a su propia madre.

—Un respeto a la autoridad, señora. —La mirada del inspector rezumaba furia.

El comisario Clouet se temió lo peor y se interpuso. Por un instante pensó que Trifon le embestiría como el jabalí que era, sin detenerse a pensar en quién tenía delante ni en las consecuencias de sus actos. Para lo bueno y para lo malo, el inspector era un rinoceronte, corto de vista y largo de olfato. Le ordenó abandonar la habitación con un gesto seco y salió tras él.

—¿Qué demonios le sucede, Trifon?

—Esa zorra sabe algo, comisario.

—Pues entonces ya es más lista que usted, inspector, porque aquí no estamos tratando con matones de Pigalle.

Estaban en la avenida Montaigne, un lugar en el que cualquier vecino podía tener amigos influyentes; tal vez, el

mismo subprefecto Deschambres o su esposa fueran íntimos de aquella señora. Así que bastaba una mala palabra, un gesto fuera de lugar, para que alguien le fuese con el cuento al Viejo y se buscaran un lío.

—Con esta gente no vale el interrogatorio a base de sopapos —le amonestó—, mejor ocúpese del portero, que ya habrá tiempo para darle a la porra.

Trifon se dio la vuelta, resoplando cabizbajo y todavía encendido, moviendo la cabeza de un lado a otro como la trompa de un elefante. El comisario esperó pacientemente a que se alejara antes de regresar con Violeta. Ella acariciaba la cabeza de la criada, como una abuela borra una pesadilla de los recuerdos de su nieta.

—¿Y tu cofia, chiquilla?

—Se me debió de caer en casa del señor Bonancieux, madame.

—Pues ya lo sabe, comisario: si la encuentran, es de Pauline.

Con tono cortés y porque ya no le quedaba otro remedio, el comisario le preguntó a la sirvienta qué sabía del vecino. Violeta le dio una palmada en la mano para animarla a hablar y Pauline contó, deslavazadamente, lo que le había oído a Colette, que no era mucho, pues apenas llevaba unas semanas en la casa.

Según le confesó en una ocasión, monsieur Bonancieux tenía acciones en el canal de Suez y en unas minas sudafricanas. Sin embargo, llevaba una vida muy austera, por no decir rácana. Colette se quejaba a menudo de que su patrón se negaba a encender la chimenea del salón y la casa siempre estaba fría; y por más que ella gruñía en voz alta y afirmaba que prefería limpiarla a tener sabañones, a monsieur Bonancieux sus lamentos le entraban por un oído y le salían por el otro. También protestaba porque en los pisos principales del inmueble todo el mundo tenía doncella y cocinera, cuando no contaban también con planchadora, lavandera, marmitón y hasta chófer, y el único que tenía una sola sirvienta, enfangada desde la maña-

na hasta la noche —salvo domingos y fiestas de guardar—, era él.

A veces, Colette decía que un día se hartaría y daría un portazo, que su señor no valoraba lo que hacía. Él fingía no enterarse, como si estuviese ensimismado en sus lecturas, que eran su principal afición. Por las mañanas salía a buscar manuscritos en las librerías de lance de la margen izquierda o en el bulevar de Saint-Germain-des-Prés, o visitaba la Biblioteca Nacional, en la calle Richelieu, donde pasaba horas estudiando volúmenes antiguos.

—¿De qué tipo? —intervino Violeta.

—De los raros, madame, eso me dijo Colette, libros *cuneros*.

—¿No diría incunables?

—A lo mejor sí, madame.

—¿Te ha comentado alguna vez si tenía enemigos o estaba preocupado por algo? —retomó el interrogatorio el comisario.

—No, no. Nunca me ha dicho nada de eso.

—¿Qué crees que pasó, Pauline?

—Ay, señor, ¿cómo voy a saberlo?

Clouet se frotó la barba y se pellizcó el bigote buscando inspiración. Comenzaba a tener un mal pálpito sobre aquel crimen: era de esos casos que todo el mundo creía sencillos y que se enmarañaban sin darse uno cuenta, de los que no aportaban nada de gloria y sí, en cambio, la impaciencia e incomprensión de los superiores. «¿Tan difícil es resolver un robo, Clouet?», insistiría el director Pelousse al tercer día, y movería la cabeza con infinito desprecio. Que en la casa no pareciese faltar nada, que todo estuviera ordenado y con una conveniente capa de polvo, no dejaría de ser una anécdota para el director: si las circunstancias encajaban con el robo, robo era, y el asesinato, un mero accidente.

El caso empezaba torcido porque abundaban los detalles inexplicables: por ejemplo, había algo artificial en el hecho de arrastrar al muerto hasta el centro del pasillo; se

trataba de una extraña puesta en escena que carecía de sentido, y al comisario le turbaban las cosas que escapaban a la lógica. Si el asesino no había removido el ajuar de la casa, era porque deseaba la muerte de Bonancieux, o porque sabía dónde encontrar lo que buscaba, algo aún más misterioso considerando que la víctima parecía no recibir casi visitas. Y además estaban las malditas polainas.

Al levantar la mirada descubrió, fijos en él, los ojos de Violeta. Eran de un verde intenso y tenían un brillo de burla y una frescura demasiado vivaz para una mujer de su edad. «Se está divirtiendo», gruñó para sí con un ligero fastidio, porque la expresión de su cara le recordaba a la de una antigua maestra que hacía el mismo gesto cuando tasaba la perspicacia de sus alumnos con alguna pregunta enrevesada.

—¿Sabes dónde puede estar Colette?

—No, monsieur.

—Tú hablas con ella, algo te habrá contado alguna vez, adónde va, a quién ve...

—No, monsieur.

—¿Tiene algún novio, algún amigo?

—Cómo se nota que usted no la conoce. Dice que los hombres son todos unos sinvergüenzas y que no volverá a engañarla ninguno.

Clouet ocultó una sonrisa bajo el bigote. «Ahí está, eso es, Trifon tiene razón», se dijo. A pesar de llevar sólo unas semanas en la casa, Pauline sabía mucho más de lo que confesaba. Colette había hecho de ella su paño de lágrimas: era una cría inocente, alguien que escuchaba y asentía con admiración sin enterarse del todo; y puede que, precisamente por eso, por creer que no la entendería, la había hecho su confidente. El comisario respiró hondo: había llegado a la parte más complicada.

—¿De dónde es ella?

—De París, creo.

—Entonces tendrá familia aquí, ¿conoces a algún pariente?

—No, monsieur.

—Siendo amiga suya, te habrá hablado de alguien... —Clouet desplegó su sonrisa más cálida.

Violeta no pudo evitar admirar el interrogatorio del policía, la manera en la que reformulaba las preguntas e iba tapando las rendijas por las que Pauline intentaba escabullirse; su voz amable, casi paternal, y la paciencia con la que tiraba de cada uno de los hilos. Sabía que la criada se cerraría como una ostra si le hacía preguntas directas, que se resistiría a revelar las confidencias de Colette, y por eso la mejor forma de obtener respuestas era usar el halago y almibarar el anzuelo.

—Tiene un hermano que trabaja de portero en la calle Valmy, pero no se hablan.

—Eso está en Bercy, ¿verdad?, cerca del río.

—Ay, señor, no lo sé, yo llevo poco tiempo en la ciudad.

—¿Sabes cómo se llama él?

—No, señor.

—Imagino que se apellidará también Moulin.

—No, monsieur, Moulin es el apellido de su marido.

—¿Está casada?

—No, él la abandonó. —Pauline levantó la barbilla, altanera, ligeramente desafiante.

—¿Sin más? Pobre mujer.

—Era un sinvergüenza, señor, la dejó embarazada y se marchó a Canadá.

—¿Tiene hijos, entonces?

—La criatura murió al nacer. —El comisario descubrió que los ojos de Pauline también podían ser fríos como témpanos—. Por eso dice que no la pillarán en otra, que se han acabado los hombres para siempre.

—¿Y fue entonces cuando entró a trabajar con monsieur Bonancieux?

—Sí, lleva muchos años a su servicio.

—Parece una mujer muy eficiente, tiene mérito cuidar una casa tan grande ella sola.

—Sí, señor. —Pauline dudó y miró de reojo a su seño-

ra, pensando si ese comentario no se le volvería después en contra—. Aunque no tiene la casa tan limpia como yo, ya habrá visto el polvo que hay en las estanterías. No quiero criticarla, bien sabe Dios que es mucho trabajo para una sola sirvienta.

—No es elegante cotillear sobre las casas de los vecinos, Pauline —la regañó Violeta.

—Nunca haría eso, se lo juro, madame. No lo vi hasta hoy.

—¿Crees que estará pasando la tarde con alguna otra amiga? —continuó Clouet.

—No lo sé, señor.

—Pauline, es importante que me ayudes. No pretendo perjudicar a Colette, pero necesitamos hablar con ella urgentemente, puede tener información sobre quién ha hecho todo esto.

—Estará jugando a los naipes con una modista amiga suya que tiene el taller en Saint-Ambroise —contestó Pauline con desgana—, se llama Geneviève.

—¿Va allí a menudo?

—Todos los domingos.

—¿Sabes la dirección o el apellido de esa Geneviève?

—No.

El comisario valoró si no había llegado el momento de dejarse de contemplaciones y dejarla en manos de Trifon. Dos gritos del inspector y el olor de los calabozos bastarían para quebrar la resistencia de la criada. Reparó en sus ojos llorosos y sintió lástima.

—Pauline, no me lo estás contando todo y eso es un error.

—Claro que sí, señor.

—No tengo tiempo de sacarte la información con sacacorchos. Necesito tu ayuda, y el momento de hablar es ahora. Puede que Colette esté en peligro.

La criada puso cara de echarse a llorar y se volvió hacia Violeta. Ella le tomó la mano y le dio una palmadita en la espalda.

—Venga, muchacha, cuéntale al comisario todo lo que sepas —la animó, y sus palabras parecieron abrir la esclusa.

Al poco tiempo de empezar a servir con madame, Colette le dijo que podía acudir a ella si alguna vez se encontraba en un apuro, porque sabía las hierbas que había que tomar para que a una no le dolieran los riñones, o las que ayudaban a tener hijos... o a no tenerlos. Luego añadió —ella habría jurado que el aliento le olía un poco a aguardiente— que tenía unas habitaciones en el Marais, cerca de Los Vosgos, y que si alguna chica necesitaba su ayuda, allí disponía de todo lo necesario para atenderla. Cobraba cinco francos por consulta, diez si el asunto requería más atención. Pauline estaba un poco aturullada aquel día y entonces no entendió a qué se refería, pero después cayó en la cuenta y le dio mucha vergüenza. Creía que su amiga Geneviève le conseguía clientela mientras tomaba medidas o entallaba vestidos.

—¿Y el apellido de esa Geneviève?

—Ginoux. —Bajó los ojos Pauline.

—Y a ti te lo contó, por si tenías... problemas, claro —intervino Violeta.

—Supongo que sí, aunque eso no me va a pasar a mí, madame, se lo prometo.

—Más te vale, jovencita.

Clouet anotó el nombre en la libreta, haciéndose el despistado. Geneviève Ginoux, en Saint-Ambroise. Sus muchachos no necesitarían mucho más para encontrarla y, tirando de ese hilo, localizar las habitaciones en Los Vosgos. No podía descartar que la muerte de Bonancieux tuviera algo que ver con las ocupaciones clandestinas de Colette.

—Lo que le he contado no le causará ningún problema a ella, ¿verdad, señor? Colette no le ha hecho mal a nadie.

—No, mademoiselle —mintió el comisario—, ningún problema. Dime, ¿sabía todo eso monsieur Bonancieux?

—No lo creo, señor.

—¿Y por qué no se habla con su hermano? —intervino Violeta de nuevo.

—Eso tampoco lo sé, madame.

Clouet se quedó pensativo un minuto que a Pauline se le hizo eterno. Violeta se recostó en su silla, y estudió el rostro serio del comisario. No era ningún necio, pensó la anciana; no se había precipitado en busca de las habitaciones secretas de Colette como un pollo sin cabeza, seguía allí sentado, reflexionando, ordenando las ideas y buscándoles algún sentido antes de lanzar a sus sabuesos a una caza que podía ser estéril.

—¿Es friolera Colette? —preguntó, sin venir a cuento.

Pauline se encogió de hombros con una mueca bobalicona: lo normal, suponía, nunca la había oído quejarse del frío ni de la lluvia, dejando aparte la cuestión de la chimenea.

Violeta enarcó una ceja; la cuestión la había pillado desprevenida y tardó en comprender qué le rondaba por la cabeza al comisario. «El abrigo, claro», pensó con tanta fuerza que, por un momento, creyó haberlo gritado. Hizo memoria y recordó que no había visto ninguno en la habitación de Colette; o sea, que se lo había llevado, a pesar del espléndido sol de la mañana. Por tanto, o era muy friolera o pensaba regresar muy tarde, con la fresca. «O salió de madrugada», añadió.

—Eso es todo de momento —dijo Clouet al fin.

—¿Necesita madame alguna cosa?

—No, querida, se me han quitado las ganas de cenar. Puedes retirarte.

Cuando se quedaron solos, el comisario aún permaneció un rato en silencio y Violeta comprendió que estaba retomando la conversación allí donde la había interrumpido la torpeza de Trifon.

—Me iba usted a contar algo de sí misma.

—En realidad no, señor comisario, mi vida carece de interés para los demás.

—Insisto, señora.

—Y yo rehúso de nuevo. —Violeta le sonrió—. Juego con ventaja, señor Clouet, sé que usted no me va a arrestar.

—No, claro que no, pero podría llevarla a la Prefectura por su seguridad. Naturalmente, no es asunto mío lo que pueda interpretar quien la vea subir al coche policial ni cómo afecte eso a su buen nombre.

Violeta se echó a reír, y su carcajada resultó limpia y juvenil, como si la amenaza hubiese despertado el afán de aventura de la chiquilla que aún llevaba dentro.

—No creo que lo haga, comisario, por dos razones: la primera, porque es usted un caballero; y la segunda, porque además es un hombre cabal, que no va a dar un paso tan imprudente sin saber antes quién soy yo y quiénes mis amigos. Podría ser fatal para su carrera.

—No se confunda, madame. —Clouet forzó una risa entre dientes—. Le aseguro que lo haría sin ningún remordimiento si creyera que me sirve para avanzar en mis investigaciones. Afortunadamente para ambos, el subprefecto Deschambres no tendrá reparo alguno en informarme. Entretanto, me gustaría conocer su opinión sobre lo ocurrido.

—Yo no soy policía, comisario.

—Apelo a su buen juicio y experiencia, señora, no a su acreditación profesional.

Violeta sintió que le subía el rubor a las mejillas. Podía ser descarada cuando se lo proponía, pero los halagos inesperados siempre la turbaban. Rellenó las copas de oloroso y trató de ordenar sus pensamientos.

—Verá, es todo tan extraño...

No conocía demasiado a Bonancieux, ya se lo había dicho. Era un vecino cortés, educado y, sobre todo, discreto. Violeta podía contarle cómo marchaban los negocios del comerciante Javrès, que vivía encima, en el tercer piso, o los innumerables pretendientes de su vecina, Anabelle Boileau, e incluso los asuntos del subprefecto Deschambres; en cambio, nadie en la casa sabía gran cosa de Bonancieux. A fuerza de estar ahí y no dar que hablar, era como si no existiese, como si no tuviera pasado ninguno.

—¿Sabe qué no acabo de entender, comisario? ¿Por qué lo dejaron en el pasillo?

—Es una buena pregunta, madame. La explicación obvia, no sé si acertada, es que el criminal lo trasladaba a otro sitio y que algo le asustó. Lo dejó allí tirado y la puerta se quedó abierta cuando escapó.

—¿Y le parece normal que usara las polainas en casa?

—Tal vez pensaba salir.

Eso era una tontería, ya lo sabía Clouet. La pregunta pertinente sobre las polainas era otra muy distinta, pero no pudo resistirse a provocarla un poco y tantear su buen criterio, tan infrecuente en los testigos.

—Llevaba el batín.

—O acababa de regresar y no se las había quitado. Pero continúe, madame, por favor.

Violeta se encogió de hombros: poco más podía decir —añadió—, salvo que le intrigaba la ausencia de Colette, tanto como la sorprendía esa supuesta doble vida suya. Hacía rato que debería haber regresado y su desaparición no era buena señal.

—No, no lo es, ya es hora de que empecemos a buscarla. ¿Me permite usted hacer una llamada telefónica?

La referencia a la plaza de Los Vosgos era demasiado imprecisa para pedir a la comisaría del Marais que salieran a aquellas horas en busca de Colette o de sus habitaciones, pero no le quedaba más remedio que hacerlo; y ya puestos, también debía alertar a las gendarmerías de las estaciones, por si la criada se había dado a la fuga. Tenía más confianza en que sus colegas del distrito undécimo encontraran a esa tal Geneviève Ginoux, modistilla con taller junto a la iglesia de Saint-Ambroise. Clouet admiraba la facilidad de los guardias de a pie, sin duda heredada del espíritu revolucionario de los jacobinos, para conocer a todos los vecinos y recordar sus caras, sus oficios y sus historias.

Volvió a sentir sobre los suyos los ojos de Violeta. «Extraña mujer», se repitió. En otra época, los inquisidores la habrían enviado a la hoguera por hechicera; aquellos ojos verdes taladraban cualquier mirada, y parecía —por

su hermosura serena, por su tez casi sin arrugas— que hubiera pactado con el diablo la belleza y juventud eternas. Las huellas de los años en su rostro no podían calificarse de crueles.

—Violeta de Guevara, vizcondesa de Peñagrija —leyó Clouet en un sobre, junto al teléfono; y repitió el título, esforzándose en pronunciar las consonantes de áspero sonido español.

Mientras hablaba con la comisaría e impartía instrucciones, casi sin pensarlas, se dijo que no podía ser de otro modo, que aquel dominio de sí misma, aquella amabilidad casi condescendiente, sólo podía encontrarse en una aristócrata extranjera. La nobleza francesa, que era la que él trataba ocasionalmente, no tenía raíces muy profundas; descendía en su mayoría de comerciantes bonapartistas o de alguna fortuna del Segundo Imperio que había comprado su título o, en el mejor de los casos, acrisolado el nombre de la familia gracias a servicios y favores no demasiado honorables. Cuando uno rascaba en su educación, en sus modales, afloraban enseguida los del mercader avaricioso, los del carnicero delator, los de la cortesana encumbrada. La aristocracia rancia, la del Antiguo Régimen, escaseaba en Francia, le habían cortado la cabeza o se había exiliado al Reino Unido o al Nuevo Continente.

—Perdone la impertinencia, señor comisario, ¿qué va a hacer ahora?

Clouet tenía la vista perdida en el teléfono, como si esperase que una llamada repentina solucionara el caso; y, con desgana, levantó la mirada, sonrió y se pellizcó el mentón. «Lo primero, presentar mis respetos al subprefecto Deschambres —decidió—, y luego interrogarle sobre Bonancieux.» Más tarde, escucharía las pesquisas realizadas por sus agentes y los testimonios del resto de los vecinos y la servidumbre. Y por último, en cuanto levantaran el cadáver, se iría a su casa, a cenar y despejar la cabeza antes de irse a la cama.

—¿Cree usted que corremos peligro?

—No, madame, quédese tranquila, pondré un policía en la puerta de la calle.

Omitió decir que no lo hacía por ella sino por madame Deschambres. Estaba seguro de que el político reclamaría la vigilancia del inmueble para tranquilizar a su esposa.

Violeta también imaginó lo mismo y no pudo ocultar una sonrisa. Era listo el comisario Clouet, sin duda se merecía ese chocolate con picatostes.